

La economía surafricana después del *apartheid*

Lucía Alonso

La transición surafricana se caracteriza por una serie de complejos aspectos sociales y políticos que la convierten en un proceso casi único en su género. De esta transición emergerá un nuevo tipo de relaciones económicas internas, pero también una nueva forma de relación de Suráfrica con el mundo. En las últimas décadas esa relación fue conflictiva debido a las sanciones que estableció la comunidad internacional, las cuales empujaron al país a un tipo de desarrollo capitalista semiautárquico. Se analizan en este artículo algunas características del sistema económico surafricano, su peso en la región septentrional del continente africano y su proyección en otras partes del mundo. Suráfrica puede marcar con su transición un salto cualitativo en las relaciones internacionales, pero también puede convertirse en un polo de poder injusto dentro de sus fronteras y despótico hacia el exterior. Del propio país, pero también de la comunidad internacional, depende su futuro y el de toda la región.

En los cambios constantes de la Posguerra Fría, Africa ha perdido gran parte de su valor estratégico. Hace sólo una década era un escenario de conflictos en el que Occidente y la URSS intentaban ganar influencia sobre zonas o países que consideraban útiles para sus proyectos globales, mientras las naciones africanas trataban de sacar partido del enfrentamiento.

Africa se encuentra ahora inmersa en sus propios conflictos, abandonada por los inversores y presionada por las instituciones financieras internacionales. Hasta la cooperación se supedita a condiciones -democracia en un sentido abstracto- para las que no

se habían creado las bases. Los países más poderosos o industrializados se olvidan de este continente a pesar de que casi toda la región subsahariana es una de las más pobres del mundo.

En este marco, Suráfrica queda excluida por su atipismo del entorno que la rodea. Occidente parece convencido, como refleja la prensa en general, de que esta república es un enclave aislado, concentrado en la solución de sus propios problemas políticos y económicos.

Sin embargo, esta percepción es errónea. Por un lado, los países del Cono Sur del continente están unidos por un pasado común y un alto grado de interdependencia. Por otro, la nación más meridional busca la expansión económica más allá de sus fronteras. En este momento, en el que la tendencia mundial es la satelización alrededor de centros económicos, científico-tecnológicos, comerciales y militares, Suráfrica puede convertirse en el núcleo de un nuevo bloque.¹ Sus inversiones en el exterior, su creciente participación en la extracción y comercialización de recursos mineros a nivel mundial, la diversificación de sus productos y la ampliación de sus mercados son algunas de las estrategias que el país ha puesto en marcha para alcanzar ese objetivo.

Este trabajo intenta hacer una revisión global de la potencialidad del capitalismo surafricano y sus vínculos exteriores. Estas notas requieren, antes, analizar la influencia de las sanciones en las últimas décadas.

Condenas y sanciones

Desde la instauración del *apartheid* en 1948, la comunidad internacional criticó el sistema segregacionista surafricano. Pero durante los años de la Guerra Fría la actitud de los países industrializados

¹ Sobre la formación de bloques ver Paul Kennedy, *Hacia el siglo XXI*, Plaza & Janes, Barcelona, 1991, y la reseña de este libro en este número de *Papeles para la Paz*.

zados fue ambivalente. Suráfrica, con un crecimiento cercano al 6% durante la década de los 60, era una tentación difícil de evitar para las empresas extranjeras. Además, se la consideraba el único bastión capitalista en Africa Austral, sobre todo tras la independencia de Zimbabwe. Por ello, se apoyaba su desarrollo.

Al mismo tiempo, se condenaba el *apartheid* porque engendraba inestabilidad social y ponía en peligro el abastecimiento de los recursos naturales (oro, diamantes, manganeso, uranio y carbón) necesario para los países ricos. En 1961 la Asamblea General de Naciones Unidas reconoció que el *apartheid* amenazaba la paz y la seguridad mundiales. Por lo tanto, era necesario presionar al Gobierno surafricano para que reformase el sistema.

Sin embargo, las medidas adoptadas no tuvieron la fuerza que en muchos casos se ha dado a entender.² Los criterios para la implantación de las sanciones eran variados y carecían de consistencia: mientras unos países las aplicaban, otros iban a remolque.

Tras la recomendación de Naciones Unidas en 1963 de declarar un embargo en la venta de armas a Suráfrica, EE UU y Reino Unido restringieron sus exportaciones. Pero Francia aprovechó la coyuntura y durante los diez años siguientes se convirtió en el principal proveedor de armas, al tiempo que Alemania se destacaba en el suministro de tecnología.³

Cuando Naciones Unidas votó finalmente a favor de las sanciones obligatorias en 1977, el país contaba ya con una fábrica de aviones y varias de armamento.⁴ Bajo la responsabilidad del Minis-

² Para ampliación de datos sobre las sanciones y sus efectos véase *Public Hearings on: Transnational Corporations in South Africa and Namibia. Final Report*, United Nations Centre on Transnational Corporations, Nueva York, diciembre 1989.

³ Signe Landgren-Bäckström, «Seven Methods of Evading Arms Embargo», *Weapon Against Apartheid. The UN Arms Embargo on South Africa*, Analysis and Debate 12, Department of Peace and Conflict Research, Uppsala University, Uppsala, junio 1979.

⁴ Anthony Sampson, *Negro y oro*, Grijalbo, Barcelona, 1988.

terio de Defensa crecía la empresa estatal Armscor, hoy entre las más prestigiosas del mundo.

En septiembre de 1985, la Comunidad Europea (CE) impuso algunas sanciones entre las que se incluía «la no-cooperación nuclear» (España se aferró al contrato, firmado en 1976 y renovado en 1983, en el que se comprometía a comprar uranio surafricano hasta 1991).

Pero el régimen de Pretoria tenía otros medios de conseguir material militar, especialmente a través de Israel. En 1987 -y bajo la presión de EE UU- Israel decretó medidas punitivas que prohibían, entre otras, la firma de nuevos contratos militares. Pese a ello, los expertos estadounidenses calculan en 800 millones de dólares anuales los intercambios militares entre Israel y Suráfrica a partir de esa fecha. Además, diversas publicaciones norteamericanas afirman que durante 1991 el Gobierno israelí proporcionó a Pretoria componentes para misiles, y que entre 1989 y 1990 los dos países llevaron a cabo pruebas conjuntas de cohetes de medio alcance en territorio surafricano.⁵

En cuanto a las relaciones comerciales, aunque la presión internacional se intensificó durante la década de los 80, las medidas económicas no se aplicaron de forma sistemática y su alcance fue menor de lo que se esperaba. Baste mencionar que las sanciones de la CE sólo afectaron al 1% de las exportaciones de Suráfrica en esa dirección. De 1984 a 1990 las exportaciones de productos manufacturados surafricanos, que suponen el 20% del total, crecieron alrededor de un 25% anual.⁶

A mediados de los años 80, EE UU, Francia y Dinamarca prohibieron la importación de carbón surafricano. Se calculó entonces que el embargo disminuiría las exportaciones de este producto en diez millones de toneladas. La reducción se limitó a tres, ya que

⁵ Información de Reuter, 11 de noviembre de 1991.

⁶ «Little Signs of a Sanctions Dividend», *Financial Times*, 14 de julio de 1992.

España, Holanda, Portugal y Grecia aprovecharon los bajos precios del carbón surafricano.⁷

Las sanciones financieras tampoco tuvieron el efecto que se auguraba. Pese a que Suráfrica estaba excluida del Fondo Monetario Internacional, consiguió minimizar el impacto de estas medidas a través de créditos a corto plazo y de extensiones en el vencimiento de éstos. Inversores suizos, bancos alemanes y británicos, entidades como Citicorp o Manufacturers Hanover facilitaron los recursos que el país necesitaba.

Ahora, EE UU y el Banco Mundial están dispuestos a devolverle su apoyo económico, tan pronto se haya constituido un Gobierno multirracial de transición.⁸

Respecto a la desinversión extranjera, las sanciones también se cumplieron de manera irregular.⁹ Mientras las compañías de EE UU se retiraban, Japón y Taiwan llenaban estos huecos. Además, en el 60% de los casos eran las empresas surafricanas, especialmente los grandes grupos como Anglo American o Barlow Rand, las que compraban las acciones a precios casi ridículos y después continuaban manteniendo relaciones (franquicias, licencias, etc.) con las empresas matrices en el extranjero.¹⁰

La concentración del capital

Fue precisamente la desinversión de compañías extranjeras la que contribuyó en gran medida al fortalecimiento de los consor-

⁷ *Beyond Apartheid. Human Resources for a New South Africa*, The Commonwealth Secretariat, 1991.

⁸ «US Plans Economic Aid for South Africa», *Financial Times*, 24 de mayo de 1993; y «World Bank Plans \$1bn Loans to Pretoria», *Financial Times*, 25 de mayo de 1993.

⁹ 1068 empresas extranjeras operaban en Suráfrica en 1984. En 1988 el 46% de ellas había vendido sus acciones. Pero su retirada no fue proporcional: abandonaron el país el 56% de las 406 empresas estadounidenses, el 19% de las 364 británicas y el 4% de las 192 alemanas. *Public Hearings on: ...*

¹⁰ «How Do South African Sanctions Work?», *The Economist*, 14 de octubre de 1989.

cios surafricanos. Según algunos cálculos, los cuatro mayores controlan en la actualidad el 80% de la capitalización del mercado de valores de Johannesburgo.¹¹ Su germen fueron las compañías mineras, que se establecieron en el país antes de que se crease la Unión Surafricana en 1910. Los complicados vínculos de acciones y participaciones que las unen impiden que agentes externos puedan hacerse con el control de alguna de ellas.

Tanto el Congreso Nacional Africano (ANC), que contará probablemente con una amplia representación en el futuro Gobierno, como el actual Gabinete critican esta concentración económica. Movido por estas consideraciones políticas, y por otras de tipo financiero, el grupo General Mining and Finance Corporation (Gencor) anunció el 11 de mayo de 1993 su disgregación.

Pero esta operación puede quedar en un mero gesto político si los restantes consorcios no siguen el ejemplo y vuelven a repartirse entre ellos las acciones de Gencor. De hecho, Anglo American ha desmentido que vaya a seguir los pasos del grupo en proceso de disolución.

Anglo American y De Beers, dos de las principales compañías surafricanas, pertenecen a la familia Oppenheimer. El 50% de la riqueza del país está en sus manos, y Harry Oppenheimer controla casi el 60% de la capitalización de la bolsa de Johannesburgo.

El ámbito de acción de este gran imperio no se reduce a Surafrica. Anglo American extrae una quinta parte de la producción de oro de Occidente y De Beers, a través del Central Selling Office (CSO), domina el 80% del comercio mundial de diamantes. Almacenar las piedras cuando se reduce la demanda y venderlas cuando crece es la estrategia que se sigue para mantener el elevado precio de los diamantes. Esta práctica reporta grandes beneficios al CSO y también a los miembros del cartel, que de

¹¹ «Buy Yesterday. South Africa After Sanctions», *The Economist*, 20 de julio de 1991.

otro modo tendrían que vender las gemas a precios muy inferiores.

Entre los países que han renovado recientemente sus contratos con el CSO se encuentran los principales productores de diamantes: Australia (que tiene contratado el 85% de su producción) y la CEI (con el 95% contratado). Pese al conflicto ideológico que durante décadas ha enfrentado a Surafrica con la URSS, la compañía De Beers cooperaba en secreto con los productores soviéticos desde 1959. El último contrato, firmado en 1990, iba acompañado por un crédito de un billón de dólares (alrededor de 100.000 millones de pesetas) concedido por De Beers a los productores rusos de diamantes.¹²

En Namibia, Consolidated Diamond Mines, subsidiaria de De Beers tiene en sus manos la producción del país; la compañía diamantífera Debswana de Botswana es una empresa subsidiaria de De Beers, aunque el Gobierno de Quett Masire posee participaciones en ella.

A escala mundial, Anglo American y De Beers están presentes allí donde hay oro, diamantes, uranio, platino o carbón aunque su interés también se orienta hacia minerales menores como el cobre. En septiembre de 1992 se publicaron unas previsiones que auguraban una considerable demanda de este metal durante los próximos años, especialmente en los países en vías de desarrollo.¹³ Desde entonces, Minorco, compañía asociada de Anglo American, ha adquirido una tercera parte en el proyecto de extracción de cobre en la región chilena de Collahuasi.¹⁴

¹² «Brotherhood of Miners», *The Economist*, 23 de mayo de 1992.

¹³ «Demand Growth Forecast for Copper», *Financial Times*, 3 de septiembre de 1992, reseña del informe *The Long Term Outlook for Copper*, Commodities Research Unit.

¹⁴ «Golden Opportunities Go Begging», *Financial Times*, 20 de mayo de 1993. La tercera parte es ahora propiedad de Minera Mantos Minorco, cuyos accionistas son Minorco (50,1%) y Empresa Minera Mantos Minorco (49,9%). Anglo American posee el 74% de Empresa Minera Mantos Minorco. «Minorco to buy Chevron Copper Interest in Chile», *Financial Times*, 22 de octubre de 1992.

Anglo American se ha mostrado interesada asimismo en la adquisición de las minas peruanas de Quellaveco, propiedad hasta ahora de la empresa estatal Mineroperú y que el Gobierno peruano pretende privatizar próximamente.¹⁵ También Zambia quiere privatizar sus minas de cobre. Anglo American Corporation se perfila como la nueva propietaria. En diciembre de 1992, el viceministro de Minas de Zambia, Mathias Mpande, declaró al *Financial Times* que daba por supuesto que Anglo American volvería a recuperar la gerencia de una parte significativa de esta industria.¹⁶

Los intereses del imperio Oppenheimer no se reducen a la explotación y comercio de metales y piedras preciosas. Banca, servicios financieros, inmobiliarias y alimentación son algunas de las actividades de las 1.350 empresas del grupo repartidas por todo el mundo, incluida España.

La misma tónica de expansión se registra en los restantes grupos empresariales surafricanos. Por ejemplo, Barlow Rand, cuyos intereses van desde la minería hasta la industria farmacéutica y cuya contribución al PIB surafricano es del 10%, adquirió el año pasado la empresa española Finanzauto. En 1992, Gencor, la segunda firma minera en Suráfrica, compró a través de su grupo papelerero Sappi la planta alemana Hannover Papier.

Mientras amplían sus dominios en el exterior y afianzan sus intereses fronteras adentro, los grandes empresarios surafricanos continúan influyendo sobre las decisiones políticas del país. «Los negocios suponen una oportunidad única y una gran responsabilidad para influir en la transformación socioeconómica que está teniendo lugar en Suráfrica», ha declarado Rob Angel, director ejecutivo de Engen Limited -empresa de energía de Gencor-, en un

¹⁵ «Peru Aims to Reverse 20 Years of Mine Neglect», *Financial Times*, 15 de diciembre de 1992.

¹⁶ «Zambia Prepares for Copper Privatisation», *Financial Times*, 15 de diciembre de 1992.

anuncio en prensa titulado «Los desafíos de la nueva Suráfrica».¹⁷

El poder del dinero

Uno de los retos con los que se enfrenta el país es el crecimiento de la economía. Para que pueda llevarse a cabo, es necesario un clima de estabilidad social y política, como ha declarado repetidamente el actual ministro de Finanzas y expresidente de la compañía Gencor, Derek Keys.

Pero la estabilidad social sólo puede alcanzarse si mejoran las condiciones de vida y de trabajo de la población no blanca, especialmente de la negra. En este sentido, en junio de 1992, la compañía Anglo American dio un paso significativo al firmar un acuerdo con la Unión Nacional de Mineros (NUM). En el documento se reconocen derechos fundamentales como la libertad de asociación o la actividad pacífica de piquetes y se prevén programas de formación para corregir los desequilibrios originados en el pasado.¹⁸

Desde un principio, los magnates surafricanos han sido conscientes de que a largo plazo el *apartheid* era una fuente de conflictos sociales cuyas consecuencias podían desbaratar la economía del país y arruinar sus empresas. Según Harry Oppenheimer, el sistema segregacionista permitió que los negros trabajasen a cambio de salarios bajos, pero «la mano de obra culta y bien pagada es al final la más barata para la industria».¹⁹

Probablemente fue esta idea la que impulsó a las compañías Anglo American y De Beers a crear en 1973 el Chairman's Fund para la enseñanza y formación profesional de la población negra,

¹⁷ *Financial Times*, 27 de noviembre de 1992.

¹⁸ Philip Gawith, «Anglo Signs Breakthrough Labour Code», *Financial Times*, 26 de junio de 1992.

¹⁹ Harry Oppenheimer en declaraciones a Nil Papa, «Lo negro es bello», *El País, Suplemento Negocios*, 5 de abril de 1992.

así como a establecer, junto con otras compañías, la Urban Foundation.²⁰

En la vida política estos empresarios han jugado un discreto pero activo papel: Harry Oppenheimer financió, desde su fundación en 1959, el Partido Progresista cuya diputada, Helen Suzman, fue una acérrima detractora del *apartheid*. Conscientes de la popularidad del Congreso Nacional Africano (ANC) entre la población negra, no han descuidado los contactos con esta organización, aunque han preferido apoyar al movimiento Inkatha de Mangosuthu Buthelezi, mucho más conservador política y económicamente.

Si en el interior del país los hombres de negocios han fomentado la oposición al *apartheid*, en el exterior parecían hacer frente común con el Gobierno.²¹ En 1959 crearon la South Africa Foundation, cuya labor era defender en el extranjero los intereses de los empresarios surafricanos. Según Anthony Sampson, esta fundación «contribuyó a lavar la imagen de Suráfrica», pero además fue un medio de presión.²² Su red de información auguró lúgubres expectativas de inversión extranjera si el Gobierno no iniciaba el desmantelamiento del sistema segregacionista. Fue el sector empresarial el que presionó fuertemente al Gobierno en la segunda mitad de los años 80 para que negociara la independencia de Namibia y así lograr un primer paso para que se levantaran las sanciones internacionales.

La economía del *apartheid*

Desmontar el sistema no es tarea fácil. El *apartheid* no ha sido sólo un sistema político, sino también económico. Suráfrica fomenta su imagen exterior como defensora del capitalismo: «La economía surafricana se basa en la empresa y la propiedad privadas,

²⁰ En 1990 el Chairman's Fund tuvo un gasto total de 56,7 millones de rands (unos 2.041 millones de pesetas). *Beyond Apartheid* ...

²¹ Los empresarios apoyaron la campaña en favor del Sí ante el referéndum del 17 de marzo de 1992.

²² Anthony Sampson, *Negro y oro* ...

dentro del sistema de libre mercado» afirma un folleto publicado para Expo'92 por el Gobierno de aquel país.²³

Sin embargo, como en otros casos en los que el Estado hace gala de liberalismo a pesar de controlar la economía, el Gobierno ha asumido un papel dirigista para poder garantizar el bienestar de la población blanca.²⁴ Tanto es así que el anterior director general de Anglo American, Gavin Relly, declaró en 1986 que Suráfrica se había convertido en «uno de los países más socialistas del mundo».²⁵ Frente a este punto de vista irónico de los hombres de negocios, los opositores al régimen de Pretoria hablan del «sistema capitalista de Suráfrica».²⁶

Todos tienen, en realidad, algo de razón. El desarrollo de escasas pero grandes corporaciones se debe en gran medida a la participación del Estado en la economía. El sector público emplea alrededor de 1.700.000 personas.²⁷

Muchas de las empresas estatales nacieron del deseo de paliar las consecuencias del aislamiento, como en el caso de la empresa de armamento Armscor. Este complejo industrial y militar sirvió para reforzar el control dentro de las fronteras del país y para imponer la hegemonía regional en el sur del continente. El Gobierno surafricano lo clasifica como uno de los principales exportadores de armas y cuenta con capacidad nuclear.

Pero además de defender su seguridad, una potencia aislada necesita cubrir sus necesidades energéticas. La compañía de productos químicos Sasol ha desarrollado tecnologías para satisfacer

²³ *South Africa at a Glance*, South African Communication Service, Department of Foreign Affairs, CTP Book Printers, Parow, Suráfrica, 1992.

²⁴ La población blanca supone tan sólo el 13% de un total de 38,445 millones de habitantes, según datos de The Urban Foundation.

²⁵ Anthony Sampson, *Negro y oro* ...

²⁶ Moeletsi Mbeki, *Profile of Political Conflicts in Southern Africa*, Nehanda Publishers, Harare, 1987.

²⁷ En el Gobierno central y en las administraciones provinciales trabajan alrededor de 750.000 personas, de las cuales 600.000 son blancas.

de forma alternativa parte de estas necesidades. Sasol obtiene combustible sintético a partir de carbón en tres plantas que suministran entre el 20% y el 25% del carburante utilizado en el país. Además, ha puesto en marcha la refinería de Mossagas, en la que se elabora carburante sintético a partir de gas natural. Se prevé que cuando alcance su producción máxima será capaz de abastecer el 12% del consumo nacional. El campo de acción de Sasol no se limita a Suráfrica y recientemente ha realizado seis estudios para la construcción de plantas similares en otros países, entre ellos EE UU.

Por su parte, Eskom genera alrededor del 93% de la electricidad surafricana. Posee 18 centrales térmicas, 3 hidroeléctricas y la única nuclear del continente. Pero el proyecto más ambicioso de la empresa estatal es la creación de una red eléctrica que se extienda por todo el subcontinente y conecte a Suráfrica con otros 17 países.

Entre el recelo y la cooperación

En principio, el proyecto eléctrico de Eskom, como otros que se describen más adelante, puede beneficiar a toda la región y suponer un paso hacia la cooperación transnacional. Sin embargo, esta cooperación sólo podrá desarrollarse plenamente si Suráfrica despeja las dudas y sospechas que han empañado la relación con sus vecinos durante décadas. Eliminar los recelos y establecer un clima de confianza en la región son condiciones indispensables para el progreso de Africa Austral.²⁸

El temor de los países de la zona a que la nación más meridional pueda convertirse en una gran amenaza -más que en la «locomotora» del subcontinente, como declaran los surafricanos- es fundado. Desde finales de la década de los 70, Suráfrica, ase-

²⁸ Solomon M. Nkiwane, *Regional Security and Confidence-Building Processes: The Case of Southern Africa in the 1990s*, Research Papers Nº 16, United Nations Institute for Disarmament Research (UNIDIR), Ginebra, 1993.

diada por la condena internacional y amedrentada por el supuesto peligro comunista que la rodeaba puso en marcha una campaña de desestabilización regional.²⁹ En Angola apoyó a la guerrilla del exmaoísta Savimbi; en 1980 se hizo cargo de movimiento de Resistencia Nacional de Mozambique (Renamo), que el Gobierno de Ian Smith en Rhodesia había creado para combatir a los independentistas de Zimbabwe refugiados en Mozambique; además fomentó los enfrentamientos armados entre la Unión Nacional Africana de Zimbabwe (ZANU) y la Unión Popular Africana de Zimbabwe (ZAPU); y perpetró actos de terrorismo en Zambia y Botswana.

La campaña tuvo también una dimensión económica.³⁰ La falta o destrucción de infraestructuras en los países de la franja meridional han aumentado el dominio surafricano sobre el subcontinente. En un marco en el que la exportación de recursos naturales es la base de las economías, las guerras civiles de Angola y Mozambique han contribuido al desarrollo de los puertos surafricanos en detrimento de los de Beira o Maputo, en Mozambique, o los de Luanda y Lobito en Angola. En Namibia, Walvis Bay es todavía territorio surafricano y los muelles de Lüderitz o Swakopmund no pueden competir con los de Ciudad del Cabo.

En consecuencia, las vías de transporte de la región se han desarrollado hacia el sur: dos tercios de las carreteras asfaltadas se encuentran en Suráfrica y el 90% de las mercancías transportadas por ferrocarril lo son dentro del sistema surafricano. Desde 1986 Zimbabwe se ha esforzado por mantener abiertos los 288 Km del corredor de Beira -carretera y vía férrea que unen las ciudades de Mutare, en Zimbabwe, y Beira, en Mozambique- con un destaca-

²⁹ Todos los países de la zona, a excepción de Malawi, tuvieron gobiernos de ideología marxista tras alcanzar la independencia. Nacionalismo y comunismo se identificaron de tal modo que en 1964 Nelson Mandela declaró: «Muchos africanos tienden a equiparar la libertad con el comunismo».

³⁰ Para ampliación de datos, véase *South African Destabilization. The Economic Cost of Frontline Resistance to Apartheid*, United Nations Economic Commission, Addis Abeba, octubre 1989.

mento de unos 4.000 soldados. El deterioro del puerto de Beira y su arriesgado acceso han reorientado continuamente el transporte de mercancías hacia los lejanos muelles de Durban. Éstos se encuentran a unos 600 km de Johannesburgo y de su zona industrial. Mucho más cercano está el puerto de Maputo, en Mozambique, en cuya rehabilitación colabora Suráfrica.

Este país también contribuirá a la reparación de la central eléctrica de Cabora Bassa, en Mozambique, y de los tendidos que desde allí le suministraba energía hasta 1982. Este proyecto es sólo parte del ambicioso plan concebido por la empresa estatal Eskom, que pretende integrar toda la red eléctrica de la región desde Zaire.

El interés surafricano por la región no es nuevo. En 1972 una comisión gubernamental afirmaba: «Africa subsahariana es un 'mercado natural' para Suráfrica que conoce las condiciones y costumbres locales mejor que ninguna otra nación».³¹

Lo que es una novedad, acorde con los cambios internos, es la actitud del Gobierno de Pretoria. Hasta hace poco tiempo, el país intentaba imponer sus condiciones por la fuerza. Ahora su discurso es mucho más moderado: «La economía surafricana no debe verse como una potencia dominante en la región, sino como una locomotora que ayuda a sus vecinos a crecer por sí mismos. Arrojarlos no puede beneficiarnos. Muy al contrario. Lo que nos beneficiará será que crezcan codo a codo con nosotros tan rápido como sea posible».³²

En cierta medida, los gobernantes vecinos tratan de creer en estas palabras. Los países de la zona saben que no pueden prescindir de Suráfrica. Zimbabwé, por ejemplo, uno de los acérrimos enemigos del régimen de Pretoria, tiene en él su socio comercial

³¹ Moeletsi Mbeki, *Profile of Political Conflicts ...*

³² Declaraciones del ministro de Asuntos Exteriores, Piki Botha, en «The Challenge of the New South Africa», anuncio del Departamento de Asuntos Exteriores de Suráfrica, *Financial Times*, 3 de diciembre de 1992.

más importante. Cuando en agosto de 1992 se firmó el Tratado de la Southern African Development Community (SADC), el presidente de Tanzania, Ali Hassan Mwinyi, declaró: «Es hora de que reduzcamos las áreas de conflicto y amplíemos las de cooperación». En teoría, Suráfrica sólo podrá ser miembro de la organización cuando haya instaurado un gobierno democrático. Sin embargo, en el SADC se espera que los mecanismos de cooperación e integración se pongan en marcha incluso antes, según ha declarado Charles Hove, su director económico.³³

En Africa Austral praxis e ideología se habían divorciado hace tiempo. La caída del comunismo llevó a los gobiernos de la región a abandonar la línea marxista. Las reformas sociopolíticas iniciadas en Suráfrica anulan el otro motivo de enfrentamiento en el área. La nueva coyuntura resulta desconcertante: Mientras los países del entorno buscan nuevas posiciones, la nación más meridional lleva a cabo su expansión. Para Harry Oppenheimer Suráfrica es «un trampolín para el desarrollo del subcontinente hacia el Norte».³⁴

Nuevos horizontes

Pero sus aspiraciones no terminan en el continente. Los innumerables viajes del presidente F.W. de Klerk, del ministro de Asuntos Exteriores, Piki Botha, e incluso de Nelson Mandela durante los dos últimos años, demuestran el interés surafricano por mejorar las relaciones ya existentes con Europa, EE UU, Japón, Taiwan o Israel, tanto como el deseo de iniciar otras con Rusia, Oriente Medio y China.

En este contexto, las giras de Nelson Mandela adquieren otra perspectiva puesto que fomentan la forja de nuevos vínculos. Tal vez uno de los mayores logros en este sentido haya sido el reciente acuerdo comercial entre China y Suráfrica -cuyo primer punto de encuentro bien pudo ser el pacto secreto sobre tecnolo-

³³ «African Leaders Sign Treaty», *Financial Times*, 18 de agosto de 1992.

³⁴ «SA Springboard for Mining», *Focus on South Africa*, febrero de 1992.

gía para misiles nucleares de largo alcance negociado entre los dos países a finales de los 80.³⁵ La atención de China se centra en la industria minera; además el mercado del país africano es una alternativa al de EE UU.

Oriente Medio está también en el punto de mira de Suráfrica. Allí puede vender sus productos, abastecerse de petróleo y, sobre todo, obtener las inversiones que tanto necesita. Por otro lado, el atractivo de Rusia no reside en las finanzas, sino en la minería y la tecnología. En febrero de 1992 los dos países reestablecieron las relaciones diplomáticas rotas en 1956. Durante estos casi 50 años su enfrentamiento político fue patente. La URSS apoyó al Partido Comunista de Suráfrica (SACP) y al ANC, mientras Suráfrica aplicó una ley contra el comunismo (The Suppression of Communism Act de 1950). Pero ambos tenían intereses económicos comunes: el precio del oro, los diamantes y el uranio que producen en grandes cantidades.

A finales de 1991, fuentes diplomáticas surafricanas declararon que la CEI estaba interesada en la tecnología minera de su país y previeron la creación de empresas de riesgo compartido. De este modo, si la visita, en junio de 1992, del presidente F.W. de Klerk -acompañada de una línea de crédito de 100 millones de rands (alrededor de 3.600 millones de pesetas)- puso punto final a la antigua enemistad entre los dos países, el protocolo de acuerdo de cooperación firmado en septiembre del mismo año afianza sus nuevas relaciones.³⁶

La CEI, Oriente Medio y China son sólo algunos de los nuevos campos de acción en los que puede desarrollarse la economía surafricana mientras otros países, como EE UU, levantan las sanciones que siguen vigentes. La búsqueda de los nuevos mercados va también acompañada por la oferta de nuevos productos.

³⁵ «Secret Deal with China Extended Range of Nuclear Firepower», *The Sunday Times*, 28 de marzo de 1993.

³⁶ «De Klerk Visit to Rusia Puts End to Decades of antipathy», *Financial Times*, 2 de junio de 1992.

El cielo como límite

Una de las últimas novedades con que Suráfrica intenta ampliar su oferta es la tecnología espacial. La reducción de presupuestos y competencias de la compañía estatal de armamento Armscor ha llevado a la creación de una nueva empresa, Denel, responsable ahora de la industria espacial y de su comercialización. Las primeras pruebas de motores para lanzacohetes se practicaron en 1990.³⁷

La intención de Pretoria no parece, sin embargo, la de desarrollar un programa espacial propio, sino más bien la de introducirse en el lucrativo mercado aeroespacial como proveedor de productos y servicios. Dado el secretismo oficial que ha rodeado durante años las actividades de Armscor, es difícil evaluar la capacidad de Suráfrica en este campo.

Tampoco es fácil evaluar su capacidad nuclear. Ya en 1988 el ministro de Asuntos Exteriores, *Pik Botha*, declaró en Viena: «Tenemos capacidad para fabricar una [bomba atómica]... Tenemos capacidad para hacerla si queremos». Con estas declaraciones Botha salió al paso de especulaciones y rumores sobre el nivel de desarrollo nuclear de su país.³⁸

La firma en julio de 1991 del Tratado de No Proliferación Nuclear (TNP) por parte del Gobierno de Pretoria fue una respuesta parcial a la duda que ha mantenido en vilo a la comunidad internacional durante décadas. Para completar el panorama, a principios de 1993 el Gobierno presentó en el Parlamento un proyecto de ley sobre la No Proliferación de Armas de Destrucción Masiva, en el que se afirma que Suráfrica «posee la tecnología, la capacidad y los productos que pueden ser usados o mal empleados para fabricar armas de destrucción masiva». En el borrador se

³⁷ «SA Space Programme Ready for Lift-Off», *Focus on South Africa*, octubre de 1992.

³⁸ «South Africa Boast: We Can Make the Atom Bomb», *The Sunday Times*, 14 de agosto de 1988.

contemplan cuatro categorías de armas, entre ellas las nucleares.³⁹

El 24 de marzo de 1993, el presidente De Klerk declaró ante el Parlamento de su país que Suráfrica ha destruido las seis cabezas nucleares que poseía en 1989, así como sus diseños, y que la investigación nuclear actual sólo tiene fines civiles. Sin embargo, algunos expertos en proliferación consideran que este país ha llegado a construir más vectores nucleares.

Tal vez en este campo, como en el de la tecnología espacial, la minería y otros muchos, el único interés de Suráfrica sea la comercialización de sus productos. «Espero», afirma Harry Oppenheimer, «que [la era *postapartheid*] nos permita hacer negocios fácilmente en todo el mundo».⁴⁰

Las bases económicas para las aspiraciones que expresa Oppenheimer están establecidas. Pero el país corre el riesgo de perpetuar un sistema injusto tanto internamente como en relación con sus vecinos continentales. El proceso de reforma política sufre continuos bloqueos. La actitud de oposición permanente y la falta de voluntad para alcanzar compromisos por parte de los grupos de derecha -entre ellos el Partido Conservador y el Partido Inkatha de Liberación- ponen en peligro el futuro democrático del país. Su postura podría entenderse como una provocación al Gobierno, para que frene el proceso e instaure nuevamente el estado de excepción. Y también como un desafío al Congreso Nacional Africano (ANC) para que retome la lucha armada. La negativa a participar en las negociaciones por parte de los grupos extremistas como el Movimiento de Resistencia Afrikaner o el Congreso Pan Africanista, sus ataques armados y sus asaltos tampoco contribuyen a la estabilidad del país.

³⁹ «SA to Join Hands with Arms Curbers», *Focus on South Africa*, noviembre de 1992.

⁴⁰ Nil Papa, «Lo negro es bello» ...

Es una peligrosa batalla por el poder que puede acabar con todos los anhelos de los surafricanos: con los democráticos -como advertía recientemente el secretario general del ANC, Cyril Ramaphosa, cuando dijo: «La democracia se ahogará en sangre»-, y también con los referidos a un futuro económico prometedor. Las consecuencias de un enfrentamiento civil en Suráfrica serían nefastas para todo el Cono Sur. La dependencia y los celos soterrados hacia ese país pueden avivar un conflicto armado en toda la región.

Por el contrario, si Suráfrica alcanza la estabilidad democrática por la que ahora lucha habrá anulado uno de los principales motivos de confrontación en África Austral. Si además demuestra interés por cooperar con sus vecinos contribuirá a crear el clima de confianza recíproca que unos y otros necesitan para prosperar.

Lucía Alonso es periodista, especializada en cuestiones africanas. Ha vivido en Zimbabwe durante varios años.

APENDICES

PRINCIPALES PRODUCTORES MUNDIALES DE DIAMANTES
EN BRUTO, EN MILLONES DE QUILATES

	1991	1990
Australia.....	36	36
Zaire	19	24
Botswana.....	16,5	17,3
CEI.....	13	15
Suráfrica.....	8,2	8,5
Suramérica.....	1,4	0,8
Angola	1,3	2,1
Otros.....	1,8	2,1

Fuente: *Metal and Minerals Annual Review*, publicado por *Financial Times* el 20 de agosto de 1992

PRINCIPALES PRODUCTORES MUNDIALES DE ORO,
PORCENTAJE DEL TOTAL DE LA PRODUCCION MUNDIAL

Suráfrica.....	28,5%
EE UU	14,3%
CEI	11,6%
Australia.....	11,2%
Canadá.....	8,5%
China	5,2%
Brasil.....	3,6%
Otros	17,2%

Fuente: Gold Institute, publicado por *Financial Times*, 3 de julio de 1992

PORCENTAJE DE LA PRODUCCION MUNDIAL EN 1991

	CEI	Suráfrica	Suma ambos
Oro	11%	27% (33%)*	38%
Diamantes	15%	9%	24%
Platino	20%	75%	95%
Vanadio	27%	51%	78%
Manganeso	33%	16%	49%
Uranio **	20%	16% ***	36%

* Según cifras del Gobierno surafricano

** Estimado

*** SA = 10% + NB = 6%

Fuentes: Johnson Matthey, US Bureau of Mines, Goldfields Mineral Services, BP, recogidas en el artículo «Brotherhood of miners», *The Economist*, Vol 323, Nº 7.760, del 23 al 29 de mayo de 1992.